Dup

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL QUE SIEMBRA, RECOGE,

ZARZUELA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO.

Enrique Perez Escrich

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

10

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3013.

EL QUE SIEMBRA, RECOGE.

EL QUE SIEMBRA, RECOGE,

zarzuela en un acto, original y en verso.

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

MÚSICA DE

D. JOSÉ ROGEL.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, el 30 de Abril de 1861.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elquesiembrareco00roge

Á MI QUERIDO AMIGO

TIRSO OBREGON.

Querido Tirso: Desde las fértiles riberas del Maestrazgo; desde este hermoso país, un tiempo señorío de los caballeros de Montesa; bajo este cielo, puro y azul como el de Italia, te escribo estas líneas para que las coloques al frente de este juguete que te dedico, pues tiene un orígen harto doloroso é irreparable para tí: la muerte de tu cariñosa madre.

Para tí lo he escrito; á tí te lo dedico. Léjos de la córte, ignoro la acogida que le merecerá al público: admítelo, pues, como una lágrima que se une á las tuyas para llorar la memoria de tu virtuosa madre.

Enrique.

Vinaroz, 24 de Abril de 1861.

723188

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA.	SRTA. JOSEFA MURILLO.
MARIA.	DOÑA MARÍA BARDAN.
JUAN.	DON TIRSO OBREGON.
BLAS.	TOMAS GALVAN.
PANTALEON.	FRANCISCO CALVET.
ANDRES.	JOSÉ ROCHEL.
ANASTASIO.	DOMINGO PARCERO.
EL SARGENTO.	SINFOROSO LOPEZ.
UN PREGONERO.	JOSÉ BORNACHEA.
ALDEANA 1.ª	SRTA. TERESA FERNANDEZ.
ALDEANA 2.ª	CONCEPCION PEREZ.

Aldeanas, Aldeanos, Soldados.

La fábula se finge en Marchamalo, pequeña villa de Castilla la Nueva, cerca de Guadalajara.—La época, á principios del siglo actual.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La primera edicion de la presente zarzuela salió plagada de innumerables errores de imprenta, á causa sin duda de hallarse su autor ausente de Madrid. Se ruega á los directores de escena, que tengan á bien representarla, se rijan por la presente edicion, y no por la primera, como así mismo se suplica á los que posean ejemplares y deseen cambiarlos se dirijan á D. Alonso Gullon, editor, calle del Pez, 40, Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la entrada de una aldea. En la parte izquierda del foro se verán las primeras casas del pueblo. En el foro izquierda un puente de troncos que nace de la falda del monte, salvando un arroyo que se pierde entre unas rocas.—En mitad del teatro una fuente de piedra con un solo caño; dos casitas humildes en los dos primeros términos del proscenio, una de ellas en estado ruinoso.—Junto al puente una cruz tosca que marca la vereda del lugar.

ESCENA PRIMERA.

Varias ALDEANAS se hallan al rededor de la fuente llenando sus cántaros.

CANTADO.

CORO DE ALDS. Dicen que las mozas
que van á la fuente,
el cántaro rompen
si amor las requiere.
Sedienta de amores
yo vengo aquí siempre,
y el cántaro mio
romperse no quiere.
¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
Que hace un año que vengo por agua
y este cántaro vil no rompí.

ESCENA II.

DICHOS. ROSA por el foro izquierda.

ROSA. ¡Buenos dias!...
CORO. Buenos dias...
la perlita del lugar,
la que adornan los galanes
con mil flores el portal.
ROSA. Si esas cosas me habeis dicho
por las cosas que hace Blas,
entended que el pobre mozo
no me ha dicho ni agua va...
CORO. Pues se murmura
por el lugar,
que por las noches
hablas con Blas.
ROSA. Eso son chismes
de vecindad:
pasa y me mira,
y nada más.
CORO. Luego tú ignoras
qué es mal de amor.
ROSA. ¡Ay! Me lo pienso.
CORO. Cuéntanoslo.
ROSA. Oí decir á un pastor,
hombre de mucho saber,
que el amor
tenia el poder
de sembrar el dolor
y el placer!
Dice que es un niño
fuerte como Dios,
blanco cual la leche,
rubio como el sol,
que por nuestros ojos
entra al corazon,
deja en él un beso
y húyese veloz,
del alma
la calma

robando
traidor.
La niña suspira y llora,
pierde su rostro el color,
está enferma... pero ignora
que su mal es mal de amor.

CORO. Aunque siembra el dolor,
por si siembra el placer,
yo quisiera el amor
¡ay de mí! conocer...
¿Y qué más?

ROSA. ¿Qué más?
Preguntárselo á Blas.

ESCENA III.

DICHAS. BLAS, en lo alto del monte, baja cantando con la azada al hombro: las Aldeanas corren hácia el puente, rodean á Blas trayéndole hasta el proscenio á empellones.

BLAS. Cuando paso por tu calle
compro pan y voy comiendo,
porque tus padres no digan
que de verte me mantengo.

HABLADO.

VARIAS. ¿Qué es el amor?
OTRAS. ¡Que lo diga!...
BLAS. ¡Adios... Rosita!...
ROSA. ¡Adios, Blas!
TODAS. ¡Que responda! ¡Que responda!
BLAS. ¡Silencio! ¡No hay que chillar!
¿Qué quereis saber?
VARIAS. Qué cosa
es amor.
BLAS. Un animal, (Mirando á Rosa.)
un mocoso sin camisa,
un insolente, un rapaz
que se introduce en el pecho,

yo no sé por qué lugar,
y de cada dentellada
que en el corazon nos da
nos hace ver las estrellas,
y la luna, ¡y algo más!...

VARIAS. ¡Y lo que sabe!

BLAS. ¡Ea, largo!
Porque se os va á calentar
el agua en la cantarilla.
(Caramba, y qué guapa está! (Mirando á Rosa.)
Pues, señor, ¿quién dijo miedo?
Yo me voy á declarar.)

VARIAS. Vámonos, chicas.

VARIAS. Sí, vamos.

BLAS. Os encargo que aprendais
la cartilla del amor,
muchachas.

VARIAS. ¡Ay! ¡Ojalá!

(Las Aldeanas cogen los cántaros y desaparecen por el bastidor del último término, que figura la entrada del pueblo. Rosa va detras de todas. Blasillo le da una palmada en el hombro; ella se vuelve, y se quedan solos.)

ESCENA IV.

ROSA, BLAS.

BLAS. ¿Te vas, Rosa?

ROSA. ¿Qué he de hacer,
si el cantarico me espera?

BLAS. Es que quisiera... quisiera...

ROSA. ¿Qué?

BLAS. No te vayas, mujer.

ROSA. Tus cantares imprudentes
oyó mi abuela, y recela...

BLAS. No hagas caso de tu abuela
ni del decir de las gentes.
La envidia es una carcoma
que con nuestro cuerpo lidia;
pues al que te tenga envidia
que con su pan se lo coma.

Si callaba mi deseo,
contentándome con verte,
era... porque entraba en suerte
en el próximo sorteo.
Mas libre, gracias á Dios,
en tu presencia me ves,
pues saqué el número tres,
ya que los quintos son dos.
Y ahora que soy libre, Rosa,
¿quieres oir una... cosa?

ROSA. Ya te escucho.

BLAS. Tengo miedo...
porque al verte tan hermosa
te quiero hablar y no puedo.
De mi lengua en la puntita
tengo la frase enredada;
mas mi cortedad maldita
hace que al verte, Rosita,
no te pueda decir nada.
Y aunque quiero recordar
lo que decirte queria,
apénas te voy á hablar,
entre lengua y paladar
se pierde la leccion mia;
mas aunque frases ensarte
que te obliguen á reir,
hoy, Rosa, voy á contarte...
porque te quiero decir
lo que no puedo explicarte.

ROSA. Pues que hables pronto te exijo;
y si, como yo colijo,
descubro al fin tus deseos,
ya te diré sin rodeos
si he dado en el acertijo.

BLAS. Cuando me dices turbada
en el monte: «Aquella oveja
se ausenta de la manada;
mírala cómo se aleja,
y el caso es que estoy cansada;»
entónces no atiendo más,
y como el viento ligero,
de la oveja voy detras;

y aunque corra un dia entero
no me fatigo jamas.
Ahora, de fijo,
ya mi acertijo
se descubrió.

ROSA. Blasillo, aun no.

BLAS. Cuando me das una flor,
siento en mi mano un temblor
y un placer que el pecho inflama;
mas no sé cómo se llama
ese placer interior.
Yo sé que soy un camueso;
mas, francamente, confieso
que al verme solo en mi casa,
el deseo se me pasa
de darle á tu flor un beso.
Rosa, de fijo,
ya mi acertijo
se descubrió.

ROSA. Blasillo, aun no.

BLAS. Si una noche me retiro
sin verte, rosa de Abril,
entre las sombras te miro;
y al apagar el candil
me acuerdo de tí, y suspiro.
Me duermo al fin, y aunque quiero
desechar negros afanes,
te miro, Rosa, y me muero,
cercada por más galanes
que hormigas un hormiguero.
Rosa, de fijo
que el acertijo
te descubrí.

ROSA. Creo que sí.
Blas, segun lo que colijo,
no coma yo pan de flor
en un año justo y fijo
si tu amor no es mal de amor.

BLAS. Has dado en el acertijo.

ROSA. En el majuelo hallarás
á mi padre: corre, Blas,
cuéntale tu desventura,

y luégo vé y dile al cura
que prepare lo demas.

(Rosa desaparece precipitadamente por la izquierda. Blas á la derecha, á tiempo que salen Pantaleon y Andres, que poco ántes bajan por el monte y cruzan el puente de tablas.)

ESCENA V.

PANTALEON, ANDRES, BLAS.

PANT. ¡Animal! (Tropezando á Blas.)
BLAS. Ucé perdone.
(Quitándose el sombrero y saludando.)
PANT. ¡Qué imbécil!
BLAS. Perdone ucé.

ESCENA VI.

D. PANTALEON, ANDRES.

PANT. ¿A dónde vas?
(Viendo que Andres cruza la escena en direccion al pueblo.)
ANDRES. Voy á casa.
PANT. Tenemos que hablar, Andres.
ANDRES. Estoy cansado.
PANT. No importa.
ANDRES. ¡Por vida!...
PANT. ¡Cállese usted!
Un hijo sumiso debe
á su padre obedecer.
ANDRES. Pero, señor, si no puedo
con mi cuerpo y con mis piés.
PANT. Á mí no me importa nada:
hágase usted un poder.
(Andres se cala el sombrero, demostrando el enojo que reprime.)
¡Hola! ¿Rabietas tenemos?
ANDRES. ¡Caramba!
PANT. ¡Silencio!
ANDRES. ¡Bien!...
¡Adelante!... Usted olvida
que me hizo ir y volver

desde aquí á Guadalajara,
y que hice el viaje á pié.

PANT. Los tiempos están muy malos:
¿lo entiendes?... es... menester
no derrochar: no soy rico...
Sólo tengo un ten con ten.

ANDRES. (Pobre, y aquí en Marchamalo
no hay otro más rico que él.)

PANT. ¿Estamos solos?

ANDRES. Tal creo.

PANT. Pues tose un poquito, Andres.

ANDRES. ¿Pero sin gana?

PANT. Sin gana:
lo que importa aquí es toser,
¿lo entiendes?

ANDRES. ¡Pero esto es mucho!

PANT. Señor hijo... tosa usted.

(Andres se da un tiron de la punta de la chupa: su padre lo ve y le da una palmada en las manos.)

Que te estropeas la ropa.

ANDRES. (¡Padre tirano y cruel!)

PANT. Hombre, ponte bien las gafas
y deja quietos los piés.
Tú estás muy malo, ¿lo entiendes?
y corto de vista.

ANDRES. Bien.

PANT. Porque hijo, me es imposible
darle un sustituto al rey,
y he puesto todos los medios,
cual sabes, para obtener
los papeles que acreditan
tu inutilidad... Despues
tú aquí me sirves de mucho.
¿Lo entiendes? Yo he de tener
uno que vaya y que venga
á cobrar... Con que ya ves
que me haces falta.

ANDRES. Sí, mucha.

PANT. Por lo mismo, es menester
que el pueblo crea en tus males:
con que tose.

ANDRES. Pero es que...

PANT. Tose, hijo mio...
ANDRES. Corriente. (Tose.)
PANT. Más fuerte. No lo haces bien.
Así, eso es otra cosa.
(Pantaleon se queda mirando á su hijo, y le toca los carrrillos.)
Tú estás muy robusto, Andres:
daria catorce reales
por poderte enflaquecer.
(Andres lanza un suspiro.)
Hombre... bien... ese suspiro
tiene cierta languidez
que me encanta: me parece
que debes servirte de él.
Mira si está el tio Pedro
en su casa.
(Andres entra en la casa de la derecha, y vuelve á salir cuando lo marque el diálogo.)
Es menester
ir recogiendo el dinero
de la siembra... yo bien sé
que es duro apremiar al pobre;
pero en fin, cómo ha de ser.
ANDRES. El tio Pedro está en la cama.
PANT. Pues entónces yo entraré;
que no te vayas.
ANDRES. Corriente.
PANT. Aguárdame aquí.
ANDRES. Muy bien.
(Pantaleon entra en la casa.)

ESCENA VII.

ANDRES, solo.

¡Tacaño! Por no gastarse
conmigo trescientos pesos
que valdrá un hombre, me tiene
hace dos meses tosiendo,
y como siga la farsa
de toser hoy más... me muero.
¡Como que á mí me parece

muchas veces que estoy hético!...
Porque yo algo tendré inútil
cuando lo afirman los médicos...
despues de desaminarme
cuatro veces todo el cuerpo.
Y bien mirado, yo soy
un animal... El barbero
tiene razon cuando dice:
«Andres: no hay nadie en el pueblo
con más oro que tu padre;
y yo á tí en jamas te veo
dos reales... No seas bruto,
procura pillarle al viejo
la bolsa, y á los Madriles,
porque allí aguza el ingenio
todo el que se encuentra romo
como tú... de entendimiento».
Cuando esto el barbero dice,
que no es manco y hace versos,
y sabe las cuatro reglas,
y escribió en papel impreso
una historia que aseguran
los ciegos que la vendieron
que era muy buena; preciso
será, segun sus consejos...
Mi padre... cierro la boca.

ESCENA VIII.

ANDRES en la escena á la puerta de la derecha. PANTALEON y MARÍA.

PANT. Yo necesito el dinero.
Si quieres vender el trigo
á treinta y dos, que es el precio
que corre en la plaza, entónces
cobraré en trigo... hasta luégo.

MARIA. Señor, si usted se esperara
quince dias... á ese tiempo
subirá el grano, y nosotros
para entónces le ofrecemos
satisfacer...

PANT. Imposible.

¿Lo entiendes? Díselo á Pedro.
Andres, toma esta escritura,
vé á casa de don Anselmo,
¿lo entiendes?... cobras, y firmas;
que no tardes... ¿lo oyes?

ANDRES. Bueno.

PANT. Está visto... es imposible
prestar á gente del pueblo.

(Vanse los dos por distintas calles. Permanece el teatro un momento solo: luégo aparece Juan en lo más alto del monte que cierra el foro. Su traje es el de un licenciado del ejército de principios del siglo actual. Se detiene, se quita la gorra, y despues de una corta pausa, durante la cual contemplará extasiado el paisaje, baja á la escena atravesando el puente de tablas.)

ESCENA IX.

JUAN.

Vamos, con nada es pagado
el placer que experimento...
¡Bendito sea el momento
en que yo caí soldado!
¡Ea! ¡Termine este afan...
hijo fiel de mi alegría,
y llamemos: madre mia,
soy yo... vuestro hijo... Juan!

(Llama á la puerta: momento de pausa.)

Ya creo oir sus excesos,
su lloro y su dulce queja...
en cuanto asome mi vieja
voy á comérmela á besos.
¡Mas su tardanza desgarra
mi corazon! Abrid presto.

(Vuelve á llamar.)

Pero ¡Dios mio! ¿qué es esto?
¡Seca y sin fruto mi parra!...
¡Roto el banco á do solia
pasar la ardorosa siesta!...
¡Ruinosa la tapia!... ¿Es esta
la alegre casa que un dia,

mirada desde esa falda
de la aurora á la luz leve,
era cual copo de nieve
sobre un campo de esmeralda?
¡Gratos recuerdos del niño,
no os vuelvo á encontrar en vano...
desde hoy tornará mi mano
á cuidaros con cariño!
Pero estoy aquí esperando
entre zozobra y afan,
y de seguro estarán
en sus tierras trabajando.
Con que así, lo más prudente
es ir al campo, eso es;
bebamos agua, y despues...
¡y que no es rica esta fuente! (Bebe agua.)

ESCENA X.

JUAN. ROSA, con un cántaro en la mano, por el bastidor que figura la entrada del pueblo.

ROSA. Mientras lleno el cantarico
veré si ha tornado Blas.

CANTADO.

JUAN. Adios, hermosa zagala.
ROSA. Adios, señor militar.
JUAN. Yo no conozco á esta moza.
ROSA. Y me mira... ¿qué querrá?
JUAN. ¿Eres del pueblo?
ROSA. Del pueblo soy,
muy servidora
de usté y de Dios.
JUAN. ¿Sabes, morena,
que eres un sol?
ROSA. ¡Bah! Usted me hace
mucho favor.

JUAN. Morenillas de tu hechura,
cara de sol,
me receta el físico
del batallon.
Enfermo tengo
el corazon.
Deja, niña, que me cure
de tus ojos el calor.

ROSA. Vaya, que el soldado gasta
muy buen humor.
Si se encuentra tan enfermo,
busque al doctor,
que el de la aldea,
no hay duda, no,
curará pronto su pena
si hay remedio á ese dolor.

A DUO.

ROSA. Vaya, vaya, que el soldado
es atento y es cumplido.
¡A esta gente de milicia
no le gana nadie á finos!

JUAN. Aunque sólo soy soldado,
soy atento, soy cumplido;
que á la gente de milicia
no nos gana nadie á finos.
¡Ay! Que tus ojos
me hacen tilin.

ROSA. ¡Ucé se quiere
burlar de mí!

JUAN. Tan sólo de mirarte
me pongo hecho un volcan:
que tienes una cara
que dice soledad.

ROSA. Si quiere beber agua,
el cántaro aquí está.

JUAN. Yo he recorrido, niña,
toda la España,
y una cara no he visto
como tu cara.

Hole, salero,
si sólo de mirarte
me chupo el dedo.

ROSA. Gracias, señor soldado,
por los requiebros;
que aunque yo sé de sobra
que no merezco,
aquí en la Alcarria
de ser agradecidos
tenemos fama.

HABLADO.

JUAN. ¿Con que del pueblo, morena?

ROSA. Sí, señor. Soy del lugar,
y muy servidora suya.

JUAN. Gracias, niña: trae acá
ese cántaro, que quiero
llenártelo.

ROSA. ¿Y si os manchais?

JUAN. Sólo porque esas manitas
no se ajen con la humedad,
no digo yo este uniforme,
el de gala ¡voto á san!
con el chorro de esa fuente
le dejaria mojar.

ROSA. No resisto. (Es muy amable;
casi tanto como Blas.)
¿Venís de paso á este pueblo?

JUAN. Es mi cuartel general.
Pronto trocaré este traje
por el traje del lugar.

ROSA. Lo siento.

JUAN. ¿Por qué lo sientes?
Dí...

ROSA. Porque no os cae mal.

JUAN. (Si no tuviera mi Antonia,
ahora mismo...—Tente, Juan,
que abusar de la inocencia

es muy poco principal.)

ROSA. ¿Y os quitareis los mostachos
con el traje?

JUAN. Eso jamas,
que una cara sin bigote
es cara de sacristan.
¿Y qué edad tienes?

ROSA. Quince años.

JUAN. ¡Quince años!... Dichosa edad.
Y tú, ¿de quién eres hija?

ROSA. De mi padre.

JUAN. Claro está:
yo te pregunto sus nombres.

ROSA. Mi padre, Roque Alcaráz;
mi madre, Petra Rodríguez;
pero aquí en este lugar
todos nos sacamos motes.

JUAN. (Yo no ví candor igual.)
¿Cómo te llamas?

ROSA. Rosita.

JUAN. Así Dios quiera guardar
las flores de tu esperanza
del rigor del huracan,
que rosas como las rosas
de tu cara virginal
bien merecen ser guardadas.

ROSA. Gracias, señor militar.

JUAN. Dime, ¿tienes novio?

ROSA. Tengo.

JUAN. ¿Y le amas?

ROSA. Pues claro está.

JUAN. ¿Mucho?

ROSA. Algo ménos que á Dios
y que á mi padre; algo más
que á mí misma.

JUAN. Dios permita
que te amen de un modo igual,
para que halles en la tierra
completa felicidad.

ROSA. ¿Con que el amor es tan bueno?

JUAN. Mucho, niña.

ROSA. ¿Y vos amais?

JUAN. Con el alma.
ROSA. ¡Sí!...
JUAN. De veras.
ROSA. ¿Y á quién?
JUAN. ¡Qué curiosidad!
A una mujer.
ROSA. ¿Y es del pueblo?
JUAN. Del pueblo.
ROSA. Vos me engañais,
porque en el pueblo ninguna
tiene el novio militar:
con que ya lo veis, es grilla.
JUAN. (Esta muchacha es capaz...
¡Oh, qué idea! Ella tal vez...)
Dime, ¿tú conocerás
á las muchachas del pueblo?
ROSA. ¡Conocerlas! Claro está.
JUAN. ¿No hay una llamada Antonia?
ROSA. Antonias, sí, ¡cuántas hay!
la hija del tio Hormiguilla,
la del tio Zaratan,
la Sudamiel, la Aguilucha.
JUAN. No son esas.
ROSA. Pues no hay más.
JUAN. ¿Y una llamada la Avispa,
pequeña, con un lunar
salvo la parte?
ROSA. ¿Una guapa,
muy bailadora?
JUAN. Cabal.
ROSA. ¿Que llevaba á mal traer
á los mozos del lugar?
JUAN. ¿Cómo?
ROSA. Hija del tio Calores.
JUAN. La misma.
ROSA. ¡Bah, bah, bah, bah!
Si esa se marchó del pueblo
hace tres años ó más.
JUAN. (Con asombro.)
¡Qué dices!
ROSA. Un forastero,
segun dicen de Alcalá,

pidió la mano á sus padres
y los casó el capellan,
y á la mañana siguiente
se fueron los dos, y en paz.

JUAN. Imposible... Tú me engañas.

ROSA. Os he dicho la verdad,
que nunca miente mi lengua,
porque mentir es pecar.

JUAN. ¡Con que se casó la falsa!
Ahoga tu penilla, Juan.
¡Ay, mal haya del que pone
en hembras la voluntad!

ROSA. ¡Calle!... ¡Usted está llorando!

JUAN. Niña, déjame llorar,
que una culebra traidora
mordiéndome el pecho está.

ROSA. ¿Con que usted amaba á Antonia?

JUAN. ¡Si la amaba!... ¡Voto á san!
Más que al sol ama la tierra
y los rios á la mar.
Al pié de esa cruz bendita
me dió palabra formal
de ser mia, ó ír con palma
á donde los muertos van.
Lleno de amor y fatiga
abandoné este lugar,
y ocho años, hora tras hora,
fué ella mi constante afan;
que era mi querer más firme
que el peñon de Gibraltar.
Mas bien dijo aquel que dijo
que no hay que fiar jamas
en palabras de mujer,
porque son humo y se van.

ROSA. Yo consolarle quisiera,
pero no estando aquí Blas,
su madre tal vez... sí, que ella
al cabo es mayor de edad.
Señora María...

(Rosa se acerca á la casa junto á la que se halla Juan.)

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. (Asomándose á la puerta.)
¡Ah! Rosa.
¿Quién está allí? (Señalando á Juan.)
ROSA. Un militar.
MARIA. Ya lo veo.
ROSA. Hijo del pueblo.
MARIA. ¿Y cómo se llama?
ROSA. Juan.
MARIA. (¡Jesus! ¡El hijo de Pablo!
¡Quién se pudiera esperar!)
Ese hombre busca á sus padres.
ROSA. ¡Sus padres!... ¿Y en dónde están?
MARIA. Vivian allí. (Señalando la casa de enfrente.)
ROSA. ¡Dios mio!...
MARIA. Silencio por caridad.

(María obliga suavemente á Rosa á entrar en la casa. Por el foro derecha salen Anastasio y Andres: el primero lleva un saco de trigo á cuestas; el segundo un lio pequeño debajo del brazo.)

ESCENA XII.

JUAN, inmóvil junto á su casa. ANDRES y ANASTASIO en el foro.

ANAST. ¿Con que es decir que le entrego
la carta?
ANDRES. Sí, y nada más.
ANAST. ¿Con que por fin?...
ANDRES. Sí, por fin
pronto van á pregonar
la salida de los quintos:
aquí sobro yo.
ANAST. Es verdad.
ANDRES. Adios.
ANAST. Divertirse mucho.
ANDRES. Gracias.
ANAST. Lo dicho, y mandar.

(En cuanto lo sepa el viejo
le cuesta una enfermedad.)

(Andres se va por el puente: Anastasio se acerca á la puerta donde está Juan, y sin reparar en él deja el saco en el suelo, saca una llave del bolsillo y comienza á abrir la puerta.)

ESCENA XIII.

JUAN, ANASTASIO.

JUAN. ¿Qué haceis ahí, buen hombre?
ANAST. ¿No lo veis, señor soldado?
Abrir la puerta.
JUAN. ¿Sin duda
sereis de la casa?
ANAST. Es claro.
JUAN. ¿Servis á sus dueños?
ANAST. Sirvo.
JUAN. Yo soy Juan.
ANAST. Por muchos años.
JUAN. ¿Qué dice?...
ANAST. ¡Bah!... Con licencia,
señor militar, que el saco
me espera.
(Juan le coge del brazo, y le detiene.)
JUAN. ¡Ah! No... responde.
¿Cómo se llama tu amo?
ANAST. Don Pantaleon Hernandez.
JUAN. Ese es un rico hacendado
que ántes vivia en la plaza
si mal no recuerdo...
ANAST. Exacto.
JUAN. ¿Y vive ahora aquí?
ANAST. No.
JUAN. Entónces...
¿compró esta casa?
ANAST. Está claro.
JUAN. (Con temor.)
Los que ántes aquí vivian,
¿dó están?
ANAST. (Con naturalidad.)
En el campo santo.

JUAN. ¡Muertos!

(Juan se queda inmóvil, abatido, con la mirada fija en el suelo, aplomado por el dolor.)

ANAST. Sí, señor; murieron
los dos, pronto hará dos años.

(Anastasio abre la puerta de la casa arruinada y entra en ella.)

ESCENA VI.

JUAN, solo.

CANTADO.

Una mujer me ha vendido
y se me han muerto mis padres;
por eso lloran mis ojos
sin que los enjugue nadie.
Pajarillo sin alas,
árbol sin sombra,
alborada con nubes,
flor sin aroma,
fuente sin agua
es el hombre que vive
sin esperanza.
¿Dónde me arrimaré yo,
si no hay un pecho en el mundo
que quiera darme calor?
Las fatigas
mis amigas
noche y dia
van á ser.
Que al morir la madre mia,
como el pez fuera del agua
me voy á ver.
¿Por qué en la guerra
no hallé la muerte,
cuando luchaba
como un valiente?
¡Ay fortuna, fortunilla!
¿Por qué me tratas así?
Ni las piedras de la calle
tienen lástima de mí.

ESCENA XV.

JUAN, ANASTASIO.

HABLADO.

ANAST. ¡Aun está aquí el militar!
¡Vaya si es poco pesado!
JUAN. ¡Dame esa llave!...
ANAST. ¡Qué llave!
JUAN. La de esa puerta.
ANAST. ¡Canastos!
¡No puede ser, la cosecha
tenemos ahí!
JUAN. ¡Insensato!
¿No te revelan las lágrimas
que están mi rostro quemando,
que yo nací en esa casa,
que soy el hijo de Pablo,
y que por la vez postrera
quiero regar con mi llanto
ese hogar, donde mi infancia
corrió entre placeres gratos!...
ANAST. (Con asombro entregándole la llave.)
¡Su hijo... tomad!
JUAN. (Entrando desolado en la casa.)
¡Madre mia!
ANAST. Yo corro á avisar al amo.
(Vase precipitadamente por el foro izquierda. Rosa sale de la casa de María, cruza la escena, llega á la puerta de la casa de Juan, y mira hácia dentro con recelo.)

ESCENA XVI.

ROSA, luégo BLAS por el foro.

ROSA. ¡Pobrecito! Su dolor
en mi alma el dolor despierta:
muertos sus padres, y muerta
la esperanza de su amor.
BLAS. Me alegro de hallarte aquí:

he visto á tu señor padre,
luégo á tu señora madre,
y ámbos han dicho que sí.

ROSA. ¡Con que consienten!

BLAS. ¡Pues qué!...
¿No habian de consentir?...
Tú sin mí no has de vivir.
Ni yo...

ROSA. Es claro.

BLAS. Ya se ve.
Yo les dije: Amante lazo
nuestras dos almas ató,
y si ustés dicen que no
es darnos un trabucazo.

ROSA. Tú no te andas por las ramas.

BLAS. Luégo me dió un pescozon
y me dijo: ¡Anda, bribon,
que buena ganga te mamas!...
Despues me bajé al lugar
y le conté mi deseo
al párroco don Mateo,
y me empezó á amonestar;
mas todo lo que decia,
aunque formal lo escuchaba,
por esta oreja me entraba
y por esta me salia.
Al fin le dije: Señor,
en vano es sermonearme:
lo que quiero yo es casarme
cuanto más pronto mejor;
con que arregle usted la cosa
en tres ó cuatro semanas,
porque si yo tengo ganas
no tiene ménos mi Rosa.

ROSA. ¿Por qué le has dicho que yo
tengo ganas? ¡Majadero!

BLAS. ¿Qué, no las tienes?

ROSA. Sí... pero...
no se dice.

BLAS. ¿Por qué no?

ROSA. Si ocultarlo no sabemos,
se reirán si nos ven.

BLAS. Anda, tonta, que tambien
nosotros nos reiremos,
y ya verás... ya verás
cuando un dia nos dé Dios
un... ñorro.

ROSA. ¿Uno solo?

BLAS. O dos,
ó más si nos diera más...

ROSA. ¡Bah! Ya es preciso que llueva
desde aquí á entónces, ¡borrico!

BLAS. Los pobres tienen un chico
ántes que una capa nueva.

ROSA. Pues no tragarán saliva
mis compañeras al ver...

BLAS. Mira, Rosa, á la mujer
la casaca es la que priva:
por eso al verte á mi lado,
Rosa, siento unos antojos...

ROSA. ¡Bah! No me mires con ojos
de carnero degollado.

(En este momento se oye el redoble de un tambor en el pueblo. Rosa y Blas escuchan con atencion la voz del Pregonero.)

MÚSICA.

PREG. ¡Atencion! De órden del señor alcalde se llama á los mozos del sorteo pasado, para que á las cuatro en punto se hallen en la plaza del lugar. Item más: habiendo inútil el número dos, irá en su lugar á reemplazarle el número tres. ¡Viva el rey!

(Varias voces contestan con una exclamacion. Rosa y Blas se miran con asombro: luégo de un momento de pausa rompen los dos en estrepitosos lloros.)

LOS DOS. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!

ROSA. Blas, ¿lo has oido?

BLAS. Rosa, lo oí.

ROSA. Ya estás perdido.

BLAS. Creo que sí.

ROSA. Y ahora, ¿qué hacemos?

BLAS. Yo no lo sé.

ROSA. Si te vas y te mata una bala...
BLAS. Me moriré.
ROSA. ¡Ay, pobre Blas!
¿Te morirás?
BLAS. Creo que sí.
LOS DOS. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!
¡Ay, pobre Blas!
Me mata el miedo; no puedo escapar.
¡Ay, San Julian!
Tuerto ó sin piernas tu Blas volverá.
¡Ay! ¡ay!
¡Ay, Dios, qué afan!
¡Ay! ¡ay!
Me matarán.
¡Válgame Dios!
Yo estoy seguro, me parten en dos.
¡Ay, san Anton!
Me perniquiebran sin más remision.
¡Ji! ¡ji!
¡No puedo más!
¡Ji! ¡ji!
¡Ay, pobre Blas!

HABLADO.

BLAS. Pícaro, infame, galopo,
por enfermo te rebajas
y á Blas el muerto le encajas
y le haces coger el chopo.
ROSA. Es una infamia.
BLAS. Sí, lo es;
de esas que claman á Dios.
¿Quién le manda al señor dos
no estar sano como el tres?
ROSA. ¿Con que todo se acabó?
BLAS. Todo.
ROSA. ¡Ay, pobre de mí!
¿Y te irás?
BLAS. Creo que sí.
ROSA. Pues yo no quiero.
BLAS. Ni yo...

que á mi pobrecito padre
le va á matar el dolor.

ROSA. Hablarle al corregidor.

BLAS. Es verdad, voy por mi madre. (Entra en su casa.)

ESCENA XVII.

ROSA, sola.

¡Pobrecito! Ahora le quiero
mucho más... ¡Qué desventura!
Lo que es por mí estoy segura
que si él se marcha me muero.
El pobre no tiene hiel
y á la guerra le harán ir...
Vamos, ¿me querrán decir
para qué sirve allí él?
Al primer tiro, ¡gran Dios!
se muere el pobre del susto,
yo me muero de disgusto,
y hénos muertos á los dos.
La guerra, en duelos eternos,
asolando está la tierra...
Si el que ha inventado la guerra
debe estar en los inflernos.

ESCENA XVIII.

ROSA, MARÍA y BLAS salen de la casa.

MARIA. Es imposible que Dios
consienta...

BLAS. Pues lo que digo
es la verdad, y testigos
Rosa, lo oimos los dos.

MARIA. Tu padre duerme, hijo mio;
mas si él la desgracia sabe,
temo que su mal se agrave.
Vamos: sólo en Dios confio.

(Sale D. Pantaleon por el foro: María al verlo corre hácia él.)

Señor...

PANT. (Está ya el pregon...)

MARIA. Ya sabrá usted...
PANT. Sí, he oido...
tu desgracia, y lo he sentido.
MARIA. Sólo usté en esta ocasion
puede salvar á mi Blas:
venga usted.
PANT. Todo es en balde:
hija, en cosas del alcalde
yo no me meto jamas.
(Pantaleon se dirige hácia la casa. María, Blas y Rosa le miran con asombro, y luégo Blas las coge por el brazo y desaparecen por el foro izquierda.)
BLAS. Vamos. (Vanse.)
PANT. A ver, ¿quién ha osado
entrar en mi casa? ¡Eh! (Se asoma á la puerta.)
Amiguito... salga usted. (Juan sale de la casa.)
¿Quién es usted?
JUAN. Un soldado.

ESCENA XIX.

JUAN, PANTALEON.

JUAN. Un hombre que se marchó
ha nueve años á la guerra,
y al regresar á su tierra
solo en el mundo se halló.
PANT. De modo que á no dudar
sabes que la muerte fiera...
JUAN. Pues qué, si no lo supiera
¿me veria usted llorar?
Comprendo todo el rigor
con que la suerte me trata,
y si el dolor no me mata
es que no mata el dolor.
PANT. Pues, hijo mio, yo siento
todo lo que á tí te pasa;
pero esa casa es mi casa...
JUAN. Lo sé.
PANT. Y en fin... no consiento
que nadie en su altanería

mis derechos sustituya,
pues si esta casa fué tuya,
hoy, sábelo, Juan, es mia.

JUAN. Robar no quiero el derecho
que á usted mi padre ha cedido;
mas yo, señor, he nacido
bajo ese modesto techo.
Al abrigo de ese hogar
hallé el maternal cariño,
y mis placeres de niño
ví tranquilo deslizar.
Tierras, casa y cuanto fué
mio, todo se perdió
en mi ausencia. Y bien sé yo
que hoy pertenecen á usted;
pero soy fuerte y honrado,
y de mis tierras, señor,
quiero ser arrendador.

PANT. ¡Arrendador un soldado!

JUAN. Quiero la casa habitar
donde mis padres murieron,
hacer lo que ellos hicieron,
ser honrado, trabajar;
quiero en fin seguir su ruta.

PANT. Pero, hombre, tú hablas en chanza:
¿quien saldrá por tí en fianza
para que yo?...

JUAN. (Sacando del cañon donde lleva la licencia.)
Mi absoluta,
que es la fianza mejor
que puede dar un soldado
para probar que es honrado
al que dude de su honor.
Que honrado tiene que ser
el que alcanza militando
dos cruces de San Fernando
y treinta duros de haber.

PANT. Hijo, hablando con franqueza,
los mozos en la milicia
contraen cierta impericia
parecida á la pereza.
Mas te la doy de buen grado

si tú una fianza me pones.

JUAN. Más que usté y que sus terrones
vale este pobre soldado.

PANT. Bueno, ¿dónde está la llave?

JUAN. En la puerta.

PANT. Lo primero
es ver si está mi granero
como estaba, pues quién sabe...

(Entra en la casa.)

ESCENA XX.

JUAN en el proscenio, ROSA saliendo por el foro.

JUAN. Ea, corazon, no llores,
no llores más, corazon.
Adios, adios, pobre casa,
pueblo do he nacido, adios.

ROSA. (Viéndole partir.)
¡Os vais sin decirme nada!...

JUAN. ¿Eres tú, Rosa?

ROSA. Yo soy.

JUAN. Tambien lloras, pobre niña.

ROSA. Ya lo creo, sí, señor,
si no llorara daria
prueba de mal corazon,
porque se marcha.

JUAN. Se marcha,
¿quién?

ROSA. Mi amante.

JUAN. ¡Te olvidó!...

ROSA. Nada de eso... Si me quiere
más que nunca... Pero al dos
le dieron de baja... y manda
el señor corregidor
que el tres le reemplace, y él
es el tres... y sabe Dios
si á él le matará una bala,
y á mí en su ausencia el amor.

JUAN. ¿Con que es soldado?

ROSA. Soldado.

y se me lo llevan hoy;
y su anciano padre se halla
enfermo... y lo que es peor,
aun ignora la desgracia
de su hijo, y quieren que yo
le dé el mal trago; ¿no es cierto
que es muy mala comision?

JUAN. ¡Pobre niña!

ROSA. En todo el pueblo
no habia dos como ellos dos,
de seguro... Vuestra madre
en sus brazos espiró,
pues pasaron quince dias
junto al lecho del dolor.

JUAN. ¡Qué dice!

ROSA. La caridad
habita en su corazon.

JUAN. ¡Que todo el bien que me ha hecho
quiera premiárselo Dios!

(Suenan las cuatro en el reloj de la villa. En este momento aparecen por el foro izquierda María y Blas rodeados de varios Aldeanos y Aldeanas.)

ESCENA ÚLTIMA.

JUAN, ROSA, MARÍA, BLAS y ALDEANOS de ámbos sexos.

BLAS. ¡Ha sido una picardía!
Pero gorda... sí señor.

JUAN. ¡María! (Cogiéndole y abrazándole.)

MARIA. ¡Juan, hijo mio! (La abraza.)

JUAN. Todo lo sé...

MARIA. ¡Ay Dios! ¡Valor!

BLAS. ¡Rosa!...

ROSA. ¡Blasillo! ¿Te marchas?

BLAS. Creo que sí, que me voy.

(Se oye el redoble de un tambor en el pueblo. Luégo salen algunos soldados que quedarán en el foro, adelantándose el sargento al proscenio.)

MARIA Que tu padre nada sabe;

ven, hijo mio á decirle...

JUAN. No, (Deteniéndola.)
detente: usted, pobre madre,
á mi madre consoló,
y el que el bien siembra en la tierra
bien por fruto le da Dios.
Huérfano y solo en el mundo,
mi famiiia es mi dolor...
Tú, Blas, no sales del pueblo,
porque en tu puesto iré yo.

MARIA.
ROSA. } ¿Qué dice?
BLAS.

JUAN. Pago una deuda;
el hombre es un labrador
que lo que siembra recoge;
siembro el bien... ganando voy.

(Todos rodean á Juan demostrando su admiracion. Anastasio, que habia salido poco ántes, saca con calma una carta del bolsillo de la chaqueta, y dice entrando en la casa en que está D. Pantaleon.)

ANAST. Me parece que ya es hora
de darle la desazon. (Entra.)

SARG. ¡Pedro García!

UNO. (Acercándose con gorra de cuartel.)
¡Presente!

SARG. ¿Blas Nogales?

JUAN. Aquí estoy.

(Separándose de los que le rodean. En este momento se oye un grito ahogado en la casa en que figura estar Pantaleon, y Anastasio aparece.)

PANT. ¡Socorro! ¡Ay de mí! (Saliendo.)

TODOS. ¿Qué es eso?

PANT. Ese hijo de maldicion
que me ha robado y se fuga.
¡Asesino! ¡Muerto soy!

(Vase precipitadamente por el foro derecha.)

BLAS. Anda, que al cabo ha soltado
lo que á los pobres quitó.

ROSA. La mano, Juan.

JUAN. A mis brazos.
Dios bendiga vuestro amor.

SARG. En marcha, que se hace tarde.

JUAN. ¡Adios, mi casita, adios!
ROSA. ¡Vírgen Santa de la Peña,
préstale tu proteccion!

CANTADO.

JUAN. Pues perdí cuanto amaba
sobre la tierra
y la España se encuentra
con Francia en guerra,
patria y fatigas,
sed para este soldado
dulces amigas.
TODOS. Cuando un sér en la tierra
siembra el consuelo,
Dios se sonrie y llora
desde su cielo.
Y omnipotente,
su bendicion derrama
sobre su frente.

(Los soldados, los reclutas y Juan trepan por el monte hasta perderlos de vista. El pueblo, formado en varios grupos, agita los sombreros. Mucha animacion.)

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 9 de Abril de 1861.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS

DEL MISMO AUTOR.

Sueños de amor y ambicion.
La Córte del Rey Poeta.
Juan el Tullido (2.ª edicion).
El Angel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La Hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El Cura de aldea (5.ª edicion).
La mala semilla.
El Rey de bastos.
El movimiento contínuo (2.ª edicion).
Caricaturas.
Gil Blas (zarzuela).
Lo tuyo mio.
Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (2.ª edicion).
La mosquita muerta (3.ª edicion).
Géneros ultramarinos.
El que siembra recoge (zarzuela, 2.ª edicion).
Recuerdos de gloria (juguete lírico).

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

El Mártir del Gólgota (tradiciones.)	5	tomos.
El Cura de aldea (novela).	2	»
La Caridad cristiana (Id.).	5	»
El Corazon en la mano (Id.).	2	»
La Mujer adúltera (Id.)	2	»
El frac azul (Id.).	1	»
Las Obras de Misericordia (Id.).	2	»
La Calumnia (Id.).	2	»

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: LIBRERÍA DE CUESTA, CALLE DE CARRETAS, N.º 9

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verd. Morillas y C.ª
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
P. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Ubeda	Bengoa.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vill.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Illana.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.

La direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez número 40, cuarto segundo de la izquierda.